



Una historia de milenios fue identificada con la de un imperio, y un mundo en el que existían desigualdades e imposición, se convirtió en una sociedad homogénea y justa, sin hambre y sin desigualdades. Los incas dejaron de ser una dinastía para transformarse en un singular: el símbolo de un orden donde el país pertenecía a sus verdaderos y antiguos dueños. El regreso del inca apareció como una propuesta cargada de argumentos mesiánicos y milenaristas. Ideas como éstas, en el pasado, sustentaron rebeliones como las que tuvieron lugar en la sierra de Lima hacia 1666, en la selva central hacia 1742 con Juan Santos Atahualpa y en el sur andino con la "gran rebelión" de Túpac Amaru. Es evidente la pertinencia de la utopía andina para comprender a los movimientos sociales. Pero, ahora, en el siglo XX, ¿qué contemporaneidad tiene el horizonte utópico?

Aunque se trata de concepciones compartidas por diversos sectores sociales, la biografía de la utopía andina ha estado frecuentemente asociada a la historia campesina en el Perú. Admitida esta consideración, su porvenir parecería precario en una sociedad en la que el campo y los campesinos son cada vez menos importantes.

En efecto. En 1876, más del 70% de la población nacional vivía en áreas rurales. En 1961, el porcentaje disminuyó a 67% y, en la actualidad, puede ser menos del 50%. Es discutible que la distinción rural-urbano repose en la frontera dada por los poblados de menos de 2,000 habitantes (en un país donde precisamente los campesinos viven agrupados en pueblos). También se puede argumentar el carácter transitorio de la migración y las conexiones frecuentes entre la ciudad y el campo a través, por ejemplo, de los clubes regionales. Pero, al margen de las dimensiones, es innegable la tendencia a la disminución de la población rural, que expresa no sólo fenómenos demográficos, sino además el creciente deterioro del campo, el incremento de las tierras eriazas, el estancamiento y hasta repliegue de la frontera agrícola: pocas tierras y deficientemente utilizadas. En el Perú, desarrollo del capitalismo, aunque no necesariamente significa proletarianización, sí equivale, como ha ocurrido en tantos otros sitios, a desarraigo y desestructuración de las sociedades campesinas. La modernidad y el progreso a costa del mundo tradicional. El mercado exige uniformar hábitos y costumbres para que se puedan entender obreros y patronos y para poder realizar la producción fabril. El número de quechuhablantes disminuye. Igualmente retrocede el uso de la bayeta, las tejas, los alimentos tradicionales, sustituidos por las fibras sintéticas, el aluminio y los fideos. Llegan los antibióticos, retroceden las epidemias y, la medicina tradicional se convierte en un rezago folklórico. Es evidente que no se trata de imaginar que lo pasado es siempre hermoso. Sólo quienes no han tenido el riesgo de soportar el tifus pueden lamentar la llega-

¿Es posible la utopía?

Alberto Flores Galindo

Por definición, utopía es lo que no tiene lugar ni en el espacio ni en el tiempo. Pero en los Andes, la imaginación colectiva terminó ubicando a la sociedad ideal—el paradigma de cualquier sociedad posible y la alternativa para el futuro—, en la etapa histórica anterior a la llegada de los europeos.



Efigie de los Incas o Reyes del Perú. Anónimo, 1724.

da de una carretera y la implantación de una posta médica en un pueblo. Sorteando cualquier simplismo, podemos preguntarnos qué nos pueden decir para el presente y el futuro del país, las concepciones que se resumen en la tradición de la utopía andina. ¿Esas ideas obedecen al mundo de la "arqueología", de lo que ya está muerto, superado y convertido en cosas?

La utopía andina fue una respuesta al problema de identidad

planteado en los Andes después de la derrota de Cajamarca y el cataclismo de la invasión europea. Los mitos no funcionaron. Era necesario entender la historia. Este problema fue vivido por los indios y los campesinos que protagonizaron las rebeliones nativistas pero también, a su manera, lo vivieron esos sectores de la población que fueron rechazados por españoles e indios: los mestizos, los verdaderos hijos de la conquista, producto de

esa orgía colectiva que fueron las marchas de las huestes peruleras. Hijos naturales, personas ilegítimas. A su condición étnica sumaron una difícil inserción en el mercado de trabajo: vagos, desocupados, marginales. El estereotipo los identificó con gente pendenciera, dispuesta a cualquier revuelta. En el XVI eran una minoría. En el siglo XVIII serán más del 20% de la población. En el siglo XX, en el último censo (1940) en el que se usaron catego-

rías raciales, los mestizos aparecen confundidos con los blancos, siendo ambas categorías más del 53% de la población nacional. Es de suponer que ya eran más numerosos que los indios y que conformaban, por lo tanto, la vertiente principal de la población peruana. Urbanización y migraciones han significado en el Perú incremento del mestizaje. Proceso de cholificación, como dirían Varallanos o Quijano.

LOS MITOS NO FUNCIONARON

El predominio mestizo aparece asociado también con la mayoritaria población juvenil del país. Pero esto no significa que del siglo XVI a la fecha, los problemas de identidad colectiva hayan sido resueltos. Más bien lo contrario. La crisis hará que los desocupados y desempleados sean reclutados principalmente entre los mestizos, igual que antes, casi podríamos decir igual que siempre. Mestizaje y juventud es casi una referencia redundante a la cuestión de la identidad.

Para las gentes sin esperanza, la utopía andina es el cuestionamiento de esa historia que los ha condenado a la marginación. La utopía niega la modernidad y el progreso, la ilusión del desarrollo entendida como la occidentalización del país. Hasta ahora, el resultado ha sido la destrucción del mundo tradicional sin llegar a producir una sociedad desarrollada. No funcionó el modelo de una economía exportadora de materias primas. Parece demasiado tarde para ensayar el camino de Taiwán. Entonces, tal vez sólo queda volver a mirar hacia el interior, en dirección al agro y los pueblos andinos. El desafío consiste en imaginar un modelo de desarrollo que no implique la postergación del campo y la ruina de los campesinos y que, por el contrario, permita conservar la pluralidad cultural del país. Recoger las técnicas tradicionales, los conocimientos astronómicos, el uso del agua... ¿Populismo? ¿Romanticismo? No se trata de transponer las organizaciones del pasado al presente. Sin negar las carreteras, los antibióticos y los tractores, se trata de pensar un modelo de desarrollo diseñado desde nuestros requerimientos y en el que no se sacrifique inútilmente a las generaciones.

GOBERNAR HOY

Estos temas son considerados técnicos. Constituyen parte del coto privado de los especialistas. Pero, en realidad, antes que las cifras y datos, están las opciones políticas y morales. La opción se plantea entre construir el país a costa del mundo andino o tratando de recoger y recuperar lo mejor de sus tradiciones. En una propuesta como la de Izquierda Unida, preocupada antes que por los más miserables, por seducir a las capas medias, no asustar a nadie y mostrar que la izquierda no implica ningún riesgo para la democracia, estos problemas están ausentes. Su Plan de Gobierno es un proyecto para gobernar hoy. Mejor dicho, para intentar administrar la crisis. Pero, no es un plan para cambiar y transfor-



66 Ethnic Cuts

mar el país. Carece de una dimensión utópica. Por eso no apasiona. No es el mito que reclamaba Mariátegui.

Mito, como cualquier palabra, no tiene necesariamente connotación positiva; puede significar también autoritarismo y violencia. Aunque la historia de la utopía andina está llena de sueños, no faltan las pesadillas. En los movimientos mesiánicos, la salvación no depende tanto de los hombres y del ejercicio que hagan de su libertad, cuanto de la verdad revelada: en nombre de ella se puede sobrellevar cualquier sacrificio y se justifican todas las atrocidades. La conquista del milenio reclama un apocalipsis. Estas tradiciones se vinculan a un mundo que no ha producido el capitalismo con su miseria y su obsesión por el progreso; pero un mundo en el que tampoco se ha generado la categoría de democracia. Reconocer un pasado no significa admitirlo. Buscar sus lecciones y tratar de interrogar desde allí al futuro, no quiere decir prolongarlo. Un proyecto socialista utiliza cimientos, columnas y ladrillos de la antigua sociedad, junto con armazones nuevos. El verdadero problema es saber combinar precisamente a lo más viejo con lo que todavía ni siquiera existe. Sólo así el socialismo será una palabra realmente inédita en el Perú. Entonces, hay que pensar en una utopía distinta donde el pasado no cierre el horizonte y que nos permita entender nuestra historia, edificar una identidad colectiva pero, sobre todo, poder cambiar a esta sociedad.

LA IMPORTANCIA DE LO IRRACIONAL

Milenarismo y mesianismo gravitan en el Perú porque aquí la política no es sólo una actividad profana. Como tantas otras cosas en este país está también condicionada por el factor religioso. De allí la importancia de lo irracional. Las utopías pueden convocar pasiones capaces de arrastrar o conducir a las multitudes más allá de lo inmediato, hasta intentar tomar el cielo por asalto o arrebatar el fuego a los dioses. Pero esta mística se convierte fácilmente en fanatismo y en rechazo dogmático de quienes no la comparten. Subyace una vertiente autoritaria que a su vez genera los desbordes violentos. En el pueblo de Coporaque, provincia de Espinar (Cusco), el año 1947, un campesino de 52 años llamado Silverio Arovilca le explicaba a un maestro de escuela de qué manera podría convertirse en una realidad la esperanza utópica: "...la única forma de reformar y reorganizar el imperio es exterminando a todos los blancos, el odio para con el mestizo era tan grande que no podía ver ni siquiera a un perro blanco, porque decían que era el espíritu o el alma de los españoles, para terminar con todos hay que matar a los dos" (1). La cita, aparte de ilustrar el rechazo al mestizo, entiende el cambio como la supresión del estamento dominante. Es evidente que se trata de la imagen invertida de lo que hasta ahora ha sido el orden republicano. Pero el odio acumulado permite sustentar a una subleva-

ción; no necesariamente la construcción de una sociedad diferente. La eficacia de una clase dominante se expresa en última instancia en su capacidad para introducir sus valores y concepciones entre los dominados. Cuando lo consigue, puede abrigar la esperanza de una victoria postrema: que el nuevo orden, con otros personajes, termine reproduciendo el viejo autoritarismo.

Pero las pasiones a veces no permiten llegar tan lejos. En la historia de los movimientos milenaristas y mesiánicos hay un episodio recurrente: el fanatismo termina lanzándolos contra fuerzas muy superiores al margen de cualquier consideración táctica. El estado de tensión permanente al que están sujetos sus miembros, los impele a buscar el fin lo más rápido posible. Esa mística que constituye su fuerza moral puede convertirse en su flanco más débil. "Y es que —señala Eric Hobsbawm— si no se le injertan las ideas adecuadas acerca de la organización política, de la estrategia y de la táctica, y el programa conveniente, el milenarismo naufragará inexorablemente" (2). Pero otro desenlace podría aminorarse si a la mística milenarista se añade el socialismo moderno con su capacidad para organizar, producir programas estratégicos y moverse en el corto plazo de la coyuntura política. En otras palabras, si la pasión se amalgama con el marxismo y su capacidad de razonamiento. Esta es una mezcla altamente explosiva en un país que tiene, además, como telón de fondo a la miseria

y las imposiciones de unos pocos. Y si no es necesariamente eficaz —la historia no garantiza a nada ni a nadie— por lo menos puede generar un movimiento más consistente y menos efímero que aquéllos abandonados a sus propias fuerzas.

En otras palabras. Los movimientos revolucionarios se han nutrido siempre de ideas y concepciones producidas de manera espontánea por las clases populares y de otras, venidas de fuera. Cultura popular e ideología. Pero un razonamiento como el de Silverio Arovilca impediría este encuentro y obligaría a que los campesinos contasen únicamente con sus propias fuerzas. Este discurso tenía algún sustento en la realidad cuando indios y campesinos, siendo sinónimos, eran el sector claramente mayoritario. Pero ya desde 1947 comenzaban a predominar los mestizos y las ciudades del país crecían a costa del campo. Ocurre que no obstante su número los mestizos siguen como personajes ignorados. Primero por ellos mismos, al no reconocerse como tales, y después por quienes se ocupan de escribir sobre estos temas. Quizá sea en este sector de la población peruana donde debe buscarse la respuesta a la pregunta sobre si es o no posible la utopía.

(1) Archivo del Museo de la Cultura Peruana, Dep. de Cusco, leg. 46-65.

(2) Hobsbawm, Eric. *Rebeldes Primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968, p. 141.

Carta de Salvador Allende



En 1968, al cumplirse el cuadragésimo aniversario de la primera edición (1928) de 7 ENSAYOS DE INTERPRETACION DE LA REALIDAD PERUANA de José Carlos Mariátegui, la Empresa Editora Amauta publicó una edición especial, de formato mayor (en octavo mayor), con una tirada especial, numerada en romanos, de 50 ejemplares, que tenían, junto al número, el nombre impreso de los amigos de Mariátegui, del país y del exterior. Uno de esos ejemplares se remitió al Presidente Allende en 1972. La carta que se reproduce se refiere a la recepción de ese ejemplar dedicado.

La carta fue entregada, en mano propia, a Anna Chiappe de Mariátegui por Luis Jeres, entonces Embajador de Chile en el Perú.

El original se conserva en el Archivo José Carlos Mariátegui.

Santiago, 2 de noviembre de 1972

Compañero
Luis Jeres Ramírez.
Embajador de Chile en Perú
Presente.—

He sentido una gran emoción al recibir el ejemplar del libro "Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana", editado por la viuda y los hijos del eminente pensador marxista, José Carlos Mariátegui.

Precisamente, esa obra ha constituido uno de los elementos básicos en mi formación de combatiente social y de militante sin claudicaciones del Partido Socialista Chileno, del cual tengo la honra de ser uno de sus fundadores. Y ahora, con la experiencia que recojo diariamente en el ejercicio de mi cargo de Presidente de la República, conquista revolucionaria ganada por el pueblo de mi Patria, valoro aún más los análisis y tesis del ilustre pensador peruano, prematuramente fallecido.

Quisiera pedirle, compañero Embajador, que, en mi representación, se sirva agradecer personalmente esta distinción a la señora Ana Chiappe viuda de Mariátegui y a sus hijos Sandro, Siegfried, José Carlos y Javier.

Lo saluda cordialmente,

SALVADOR ALLENDE G.
Presidente de la República